EL ATENEO Y LOS ATENEISTAS: UN EXAMEN RETROSPECTIVO

POR

GABRIELLA DE BEER
The City College of New York

El Ateneo de la Juventud, visto con la perspectiva de casi un siglo desde su fundación en 1909, simboliza la labor cultural como una actividad irrestricta, destinada tanto a los intelectuales como al público en general. La aportación del Ateneo a la vida mexicana, y por extensión a la hispanoamericana, fue su fe en la importancia de la lectura, del estudio y de la crítica, en el libre intercambio de ideas y en el deber de compartir los frutos de estas actividades. En México la crítica, sea en libros o revistas, las conferencias, ora en universidades ora en cenáculos intelectuales, los programas de estudio, tanto para niños como para personas mayores, y el concepto general de las actividades culturales, tienen su origen e impulso en la labor del Ateneo de la Juventud. Sus frutos han sido múltiples y se les debe juzgar tanto por su influencia en México como en todo el ámbito cultural hispanoamericano.

La historia del Ateneo de la Juventud es de por sí interesante porque su fundación y apogeo coinciden con otro acontecimiento clave: la Revolución de 1910. Pero esta coincidencia no sólo fue cronológica, sino también de propósito. Al mismo tiempo que se deseaba transformar el sistema político del país, los artistas e intelectuales sintieron la urgente necesidad de cambiar su formación y actitud y la manera de crear y difundir su obra. Así, a principios del siglo, se evidencian en México una transformación general en diversas esferas de la vida. La larga paz porfiriana ya no respondía a las necesidades y deseos del pueblo; la insatisfacción con la estructura social e institucional impregnaba todo el ambiente y por eso no debe sorprender que diferentes individuos y grupos abogaran de distintas maneras por un cambio radical.

ALGUNAS PRECISIONES HISTORICAS

Lo que condujo al descontento general a principios del siglo veinte en México fue la comprensión de que el sistema que había dado relativa estabilidad al país

había caducado. En efecto, el positivismo, base filosófica de la estructura política y social en la segunda mitad del siglo diez y nueve, fue adoptado como solución a los problemas producidos por las leyes de la Reforma. México, entonces libre de la autoridad ejercida por la Iglesia, acogió el positivismo como base de una nueva estructura social ordenada y permanente. Como había que preparar a un nuevo grupo de líderes para asumir la dirección del gobierno y establecer una cohesión espiritual, el momento histórico fue propicio para la entrada del positivismo. Con el transcurso del tiempo y el cambio de las circunstancias, este sistema dejó de responder a la realidad mexicana, al menos, tal y como ésta se veía desde la cima del poder.

Gabino Barreda, médico que había estudiado en París y asistido a las conferencias de Auguste Comte, volvió a México convencido de que la ideología francesa convenía a la realidad política de su país. Como la Reforma había destruido al antiguo régimen, el positivismo serviría de base para imponer orden, trabajar por el progreso y preparar a un grupo de individuos para asumir el liderazgo. Barreda estableció y dirigió la Escuela Nacional Preparatoria con el propósito de crear un centro de instrucción común. Según él, la anarquía que marcaba la mentalidad mexicana provenía de la educación variada y especializada que conducía a diferencias de conocimiento, opinión y actitud. Creía que una sociedad ordenada dependía de un fondo común de verdades compartido por todos; este trasfondo, a su vez, evitaría los conflictos de clase dentro de la sociedad mexicana. Había que reemplazar, entonces, las nociones preconcebidas por verdades comprobables a través de la observación y la experimentación. Este orden intelectual conduciría a México al orden social. Para imponer sus ideas Barreda propuso un plan de estudios que abarcaba las matemáticas, la física, la cosmografía, la geografía, la química, la botánica, la zoología, la sociología y las lenguas vivas. La lógica se estudiaría en el último año y el latín sólo por quienes siguieran las carreras de medicina o leyes. Se omitieron completamente del *curriculum* la filosofía y las literaturas nacionales.

Como es bien sabido, el positivismo sirvió para justificar el largo régimen de Porfirio Díaz y el partido de los Científicos, ambos autoelegidos para mantener el orden social. Los positivistas utilizaron también las teorías de Darwin acerca de la evolución y la selección natural: la naturaleza había escogido a las minorías privilegiadas como las más aptas para disponer de la riqueza. Del mismo modo se justificó la dictadura de Porfirio Díaz: su larga permanencia en el poder era prueba de su capacidad y de la supervivencia de los más dotados. Cuando los intelectuales y los políticos comprendieron cómo el positivismo había servido de máscara para sostener los intereses de ciertos grupos privilegiados, sobrevino la ruptura que terminaría con el Porfiriato.

LOS INICIOS

Como agrupación, el Ateneo de la Juventud recogió y canalizó estas corrientes a principios del siglo veinte. Integrado en su mayor parte por jóvenes que andaban entre los veinte y los treinta años de edad, por su cronología, espíritu y propósitos renovadores es posible situar a este grupo en el umbral de la Revolución. Conviene destacar que, si bien no todos los miembros participaron en la lucha política y armada, sin excepción los ateneístas colaboraron en la transformación de México e impulsaron las realizaciones culturales. Refiriéndose a los ateneístas, José Rojas Garcidueñas sostuvo que “aquellos jóvenes habían sembrado y hecho germinar semillas que luego habrían de dar distintos y nuevos frutos”¹. Es necesario insistir en que estas “semillas” de cierta manera las habían sembrado las transformaciones producidas por el advenimiento del siglo veinte. Por ejemplo, entre otros cambios notables, está el de las comunicaciones y transportes: el mejoramiento en las vías férreas conectó las diferentes regiones del país con la capital y con los Estados Unidos. Este cambio interno, a su vez, coincidió con mejores y más rápidas comunicaciones internacionales. Tales avances también iniciaron una nueva etapa en el periodismo; sin duda, estas mejoras estimularon una corriente de renovación en el país.

El grupo ateneísta fue el primero en aprovechar la apertura de estos nuevos horizontes. Vale notar que, debido al ambiente de pobreza intelectual de entonces, la generación del Ateneo fue en gran medida autodidacta y dependía casi exclusivamente de lecturas y discusiones entre sus propios miembros para superarse. Al mismo tiempo, ellos compartieron estudios en la deficiente Escuela Nacional Preparatoria que les sirvieron de puente a las carreras profesionales. En efecto, durante los primeros años del siglo se realizaron series de actos culturales que contribuyeron a la formación y orientación de los jóvenes preparatorianos. Entre ellos cabe mencionar las lecturas literarias de 1903 y 1904 que versaron sobre literatura griega, además de veladas literario-musicales. En una de éstas (1907) Alfonso Reyes, por entonces de 18 años de edad, pronunció una alocución que dio a conocer su talento².

¹ José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución* (México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979), p. 12.

² El mismo Alfonso Reyes, cuya larga y prestigiosa carrera fue lanzada en esa época, entre los miembros del Ateneo, nos ha dejado valioso testimonio de esta organización en “Pasado inmediato”, *Pasado inmediato*, en *Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), t. XII, pp. 182-216.

SAVIA MODERNA. REVISTA MENSUAL DE ARTE

Otro acontecimiento clave fue la publicación de *Savia Moderna. Revista Mensual de Arte*. Aunque de breve duración —de marzo a julio de 1906— su trascendencia fue enorme. En torno a ella se agruparon escritores y artistas de todas las edades. La revista tuvo dos directores —Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón— y una impresionante nómina de redactores y colaboradores. Entre ellos figuraron Diego Rivera, Roberto Montenegro y Angel Zárraga, y modernistas como Rafael López, Jesús Valenzuela y Luis G. Urbina, para mencionar a unos cuantos.

El propósito de la revista fue dar a conocer la literatura y las artes plásticas, libre de escuelas y doctrinas, como se anunció en la primera página de la publicación: “el arte es vasto, dentro de él, cabemos todos”³. Y para comprobarlo reprodujeron fragmentos de las obras de respetados escritores, como Manuel Gutiérrez Najera, Manuel José Othón y Justo Sierra. En torno a la revista se conocieron Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Las notas de Pedro Henríquez Ureña sobre libros, teatro, conciertos y ópera muestran la diversidad de preocupaciones recogidas por *Savia Moderna*. Descuella, sin embargo, el interés en las artes plásticas, tal y como lo señala el subtítulo de la revista. Esta preocupación se evidenció en las reproducciones en fotgrabado de dibujos, óleos, arquitectura e interiores. El interés por el arte llevó a los de *Savia Moderna* a realizar una exposición de pintura a mediados de 1906. Fue una actividad cultural inusitada en muchos sentidos. Se presentaron las obras de Joaquín Clausell, Saturnino Herrán y Diego Rivera, artistas jóvenes que luchaban por dar expresión a lo propiamente mexicano. Gerardo Murillo, recién llegado de Europa y conocido por el seudónimo de Dr. Atl, fue el animador de la exposición.

LA SOCIEDAD DE CONFERENCIAS

Aunque la partida de Alfonso Cravioto dio fin a la revista *Savia Moderna*, un núcleo de redactores y colaboradores continuaron reuniéndose para lecturas y discusiones. En el estudio de uno de ellos, el arquitecto Jesús T. Acevedo, crearon otra tribuna, la Sociedad de Conferencias (1907 y 1908), fundada con el propósito de “tener trato directo con los públicos, para hablar con ellos”⁴. Nuevamente se observa aquí el deseo de ensanchar los límites de la cultura compartiéndola con todos los interesados.

³ Rojas Garcidueñas, p. 43.

⁴ Reyes, p. 208.

Cada reunión de la Sociedad consistía, además de la conferencia, de un número de música y una lectura de poesía. La primera conferencia trató "La obra pictórica de Carrière", francés contemporáneo de los grandes impresionistas, y la pronunció Alfonso Cravioto. Eugène Carrière se había separado del impresionismo y quizá Cravioto se sintió atraído por esa disidencia. La segunda conferencia, intitulada "La significación y la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno," fue de Antonio Caso. Con esta comunicación entró a México el estudio sistemático de la filosofía. Siguió la conferencia de Pedro Henríquez Ureña, joven de 23 años recién llegado a México, titulada "Gabriel y Galán, un clásico del siglo XX". Esta colaboración ofreció una idea clara del talento de este dominicano, cuya aportación a la vida intelectual de México ha sido única. En tal ocasión Henríquez Ureña dio muestra de la disciplina, rigor y lucidez que marcarían su obra posterior. Las otras conferencias del ciclo —"La evolución de la crítica literaria" de Rubén Valenti, "El porvenir de nuestra arquitectura" de Jesús T. Acevedo y "La obra de Edgar Allan Poe" de Ricardo Gómez Robelo— muestran el alcance de las inquietudes culturales del grupo.

El éxito alcanzado por este primer ciclo de 1907 llevó a la Sociedad de Conferencias a organizar otro en 1908. Entonces surgió un nuevo proyecto —un ciclo sobre Grecia— que no llegó a realizarse. Pero la preparación para las conferencias, las lecturas compartidas y las diversas reuniones, fueron de suma importancia. Junto con el estudio de Grecia surgió el de la filosofía; en una carta a Alfonso Reyes observó Pedro Henríquez Ureña que "de ahí data la renovación filosófica de México"⁵. Se celebraron cinco conferencias-conciertos con un variado programa que de nuevo mostró el afán del grupo de abrirse a corrientes culturales antiguas y modernas, y de difundir sus conocimientos⁶. De igual trascendencia fueron las comunicaciones pronunciadas por Antonio Caso sobre el positivismo. Todas estas actividades, así como los artículos publicados sobre ellas, estimularon e impulsaron a los colaboradores de la Sociedad de Conferencias a fundar el Ateneo de la Juventud el 28 de octubre de 1909.

⁵ Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, ed. José Luis Martínez (México: Fondo de Cultura Económica, 1986), t. I, p. 225.

⁶ Las cinco conferencias eran las siguientes: Antonio Caso sobre "Max Stirner y el individualismo exclusivo", Max Henríquez Ureña sobre "La influencia de Chopin en la música moderna", Genaro Fernández MacGregor, "Gabriel D'Annunzio", Isidro Fabela, "José María de Pereda" y Rubén Valenti, "Arte, ciencia y filosofía."

EL ATENEO DE LA JUVENTUD

La nómina de los socios y dirigentes del Ateneo es impresionante, pues reúne a profesionales ya reconocidos y a personas distinguidas en su campo años después⁷. Este grupo heterogéneo es probablemente único en la historia cultural hispanoamericana. No tiene los perfiles de las instituciones del coloniaje o del Porfiriato. Es el primer centro libre de cultura cuyo nacimiento ocurre en una peculiar coyuntura histórica —el ocaso de la dictadura porfirista, el amanecer de la Revolución de 1910 y las celebraciones del centenario de la independencia. Ante los ojos de sus propios fundadores, el Ateneo de la Juventud se veía como un acontecimiento organizado para “dar forma social a una nueva era del pensamiento”. En el orden intelectual, su creación marcó el principio de la gran transformación que se iniciaba en México.

Antonio Caso fue electo presidente del Ateneo por aclamación y lo presidió de octubre de 1909 a octubre de 1910, seguido por Alfonso Cravioto (octubre de 1910 a octubre de 1911) y José Vasconcelos (octubre de 1911 a octubre de 1912). La lista de socios incluía a médicos, arquitectos, abogados, profesores, artistas, escritores y críticos, unidos en su doble afán de creación y de crítica. Es importante señalar que a pesar del deseo del grupo de romper con el pasado, el Ateneo incorporó a miembros de generaciones anteriores, como Enrique González Martínez, Luis G. Urbina, Salvador Díaz Mirón y Amado Nervo. Esta heterogeneidad también se evidenció en su orientación política. Unos estaban abiertamente en contra del régimen porfirista y apoyaban a los maderistas, mientras otros fueron neutrales, apolíticos y aun partidarios de Porfirio Díaz y adversos al régimen triunfante. A pesar de esto, los socios se caracterizaron por ciertas cualidades comunes que los definen como grupo. Según Martín Luis Guzmán:

Caracterízase este grupo por una cualidad de valor inicial indiscutible, si bien de mérito muy diverso y abierto a todas las apreciaciones en cuanto a la realización personal: la seriedad. La seriedad en el trabajo y en la obra; la creencia de que las cosas deben saberse bien y aprenderse de primera mano, hasta donde sea posible; la convicción de que así la actividad de pensar como la de expresar el pensamiento exigen una técnica previa, por lo común laboriosa, difícil de adquirir

⁷ Para una lista de los socios fundadores, véanse: José Sánchez, *Academias y sociedades literarias de México* (Chapel Hill: University of North Carolina, 1951), pp. 147-148 y Rojas Garcidueñas, pp. 73-74.

⁸ José Vasconcelos, “La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país”, en Juan Hernández Luna, ed., *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1984), p. 135.

y dominar, absorbente, y sin la cual ningún producto de la inteligencia es duradero; el convencimiento de que ni el arte, ni las letras son mero pasatiempo o noble escapatoria contra los aspectos diarios de la vida, sino una profesión como cualquiera otra, a la que es ley integrarse del todo, si hemos de trabajar en ella decentemente, o no entregarse en lo mínimo⁹.

LA PREOCUPACION POR LO MEXICANO Y LO HISPANOAMERICANO

El Ateneo auspició en agosto y septiembre de 1910 una serie de conferencias en la Escuela Nacional de Jurisprudencia que indicaron su preocupación por lo mexicano y lo hispanoamericano¹⁰. La primera la pronunció Antonio Caso sobre "La filosofía moral de Eugenio M. de Hostos", tema que expuso basándose en sus conocimientos filosóficos, especialmente la obra de Bergson y de Boutroux. Siguió la conferencia de Alfonso Reyes sobre "Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón", notable por ser una aportación significativa del joven crítico sobre las fuentes clásicas y el paisaje en la obra del recién fallecido poeta mexicano.

Fue Pedro Henríquez Ureña quien presentó la tercera conferencia sobre "La obra de José Enrique Rodó". El tema fue muy apropiado para los ateneístas, quienes consideraban a Rodó como uno de sus maestros y conocían bien a *Ariel*. Henríquez Ureña disertó sobre los fundamentos filosóficos de Rodó y particularmente sobre su idea de la evolución creadora¹¹. La cuarta conferencia del ciclo, "El Pensador Mexicano y su tiempo", de Carlos González Peña, versó sobre José Joaquín Fernández de Lizardi y su aportación a las letras mexicanas. El español José Escofet habló sobre Sor Juana Inés de la Cruz, ofreciendo una de las primeras aproximaciones a la obra de esta escritora. Cerró el ciclo José Vasconcelos con "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas", donde dio a conocer su pensamiento filosófico. Estas conferencias constituyeron el acto público de más esplendor del Ateneo. Aunque los miembros siguieron reuniéndose para leer, estudiar e intercambiar ideas, las conferencias públicas se suspendieron porque ya se sentía el ambiente revolucionario en la capital. Alfonso Reyes recuerda así esa época de tantos contrastes:

⁹ Martín Luis Guzmán, *A orillas del Hudson* (México: Botas, 1920), pp. 48-49.

¹⁰ Estas conferencias fueron reunidas y publicadas con el título de *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (México: Lacaud, 1910).

¹¹ Para una valoración de la evolución del pensamiento filosófico de Pedro Henríquez Ureña, véase: Alfredo A. Roggiano, "Pedro Henríquez Ureña o el pensamiento integrador", *Revista Iberoamericana*, 21, Núms. 41-42 (1956), pp. 171-194.

Han comenzado los motines, los estallidos dispersos, los primeros pasos de la Revolución. En tanto, la campaña de la cultura comienza a tener resultados ... La pasión literaria se templaba en el cultivo de Grecia, redescubría a España —nunca antes considerada con más amor ni conocimiento—; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia. Se quería volver un poco a las lenguas clásicas y un mucho al castellano; se buscaban las tradiciones formativas, constructivas de nuestra civilización y de nuestro ser nacional. Rota la fortaleza del positivismo, las legiones de la filosofía —precedidas por la caballería ligera del llamado antiintelectualismo— avanzaban resueltamente. Se había dado una primera sacudida en la atmósfera cultural. En regiones muy diferentes y en profundidades muy otras, pronto se dejaría sentir en todas partes el sacudimiento político¹².

Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña, el núcleo del grupo ateneísta, continuaron las tertulias nocturnas. De los cuatro fue Vasconcelos el más comprometido con la Revolución y el maderismo. Durante los primeros meses de 1911 la revolución armada iba extendiéndose, mientras el poder de Porfirio Díaz y sus partidarios iba debilitándose. Las noticias de la agitación y los motines que habían estallado en diferentes regiones del país llegaban a la capital convenciendo a los más incrédulos que lo imposible al fin ocurría. Con la renuncia y salida de Porfirio Díaz de México (mayo de 1911) terminó una época en la historia mexicana e inmediatamente empezó otra que iba a marcar al país por muchos años.

EL ATENEO Y LA EDUCACION PUBLICA

En el campo de la educación, la generación del Ateneo dejó una indeleble huella. Conviene recordar que la insatisfacción con el caduco sistema educativo los impulsó a reunirse para leer y estudiar. El primer logro fue el ciclo de conferencias dictado por Antonio Caso sobre la filosofía positivista en la Escuela Nacional Preparatoria. En ellas definió la actitud de la nueva generación frente a las doctrinas oficiales. En 1910 se abrió la Universidad Nacional como unidad cohesiva para reemplazar a las pocas escuelas profesionales centralizadas, dominantes durante todo el siglo diez y nueve. Además, se estableció la Escuela de Altos Estudios, una especie de escuela de estudios avanzados e instituto de investigaciones. Con el establecimiento de la Universidad Popular en diciembre de 1912 se cumplió una de las metas del Ateneo —la de sacar la cultura de su exclusividad para traerla al público. Alfonso Reyes caracteriza a esta institución como “una escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a

¹² Reyes, p. 211.

quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias"¹³. Indudablemente esta Universidad Popular fue precursora de la obra educativa de José Vasconcelos en la década siguiente.

Bajo la dirección de Ezequiel Chávez, de la Escuela de Altos Estudios, se creó una Facultad de Humanidades, donde se dictaban cursos gratuitos. Participaron en esta novedosa empresa Antonio Caso con un curso de Estética, Ezequiel Chávez sobre Ciencia de Educación, Enrique González Martínez sobre Literatura Francesa, Pedro Henríquez Ureña sobre Literatura Inglesa, Alfonso Reyes sobre Lengua y Literatura Españolas, además de matemáticos, filólogos y arquitectos. Concurrieron a estas cátedras los de la generación del Ateneo y también los de la generación siguiente, jóvenes como Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Xavier Icaza, muy conocidos después.

EL ATENEO Y VASCONCELOS

El Ateneo, en su tercer año, de octubre de 1911 a octubre de 1912, fue presidido por José Vasconcelos. Como casi todo en su larga y activa carrera pública, esto también provocó cierta controversia. Sin embargo, es importante subrayar que el inquieto clima político no podía menos que provocar divisiones. Hubo un incidente con la visita del argentino Manuel Ugarte a México, a principios de 1912. Ugarte en aquel entonces se dedicaba a una campaña cuyo aspecto central era la necesidad de unión de los países hispanoamericanos en sus relaciones con los Estados Unidos. El incidente se produjo cuando se difundió la noticia de que ciertos elementos oficiales—entre ellos Vasconcelos—habían tratado de obstaculizar la conferencia de Ugarte para no perjudicar las relaciones entre México y los Estados Unidos. A Vasconcelos se le acusó de estar al servicio de los intereses de los Estados Unidos, por ser en aquella época abogado y representante de importantes firmas y hombres de negocios norteamericanos. Finalmente, Ugarte dio su conferencia, pero el incidente manchó el nombre del Ateneo y perturbó la serenidad necesaria para continuar la labor cultural. En sus memorias¹⁴ Vasconcelos cuenta lo ocurrido de otra manera y les echa la culpa a los descontentos y a los intelectuales del viejo régimen, quienes insinuaban que el gobierno de Madero estaba apoyado por dinero yanqui. También aprovecha la oportunidad para

¹³ Reyes, p. 213.

¹⁴ José Vasconcelos, *Ulises criollo: la vida del autor escrita por él mismo*, 9a ed. (México: Botas, 1945), pp. 391-393.

recordar que Porfirio Díaz le había impedido llegar a la capital a Rubén Darío por miedo de que su "Oda a Roosevelt" ofendiese a los Estados Unidos¹⁵.

EL ATENEO DE MEXICO

Parece ser que en el año de 1912 el Ateneo de la Juventud pasó a ser el Ateneo de México. Si bien los miembros siguieron reuniéndose y hubo distintos actos, no hay muchos datos sobre su reorganización. En un documento del archivo de Alfonso Reyes, sin embargo, se encuentran los "Estatutos del Ateneo de México", que mayormente dan los propósitos de la organización y describen las diferentes clases de socios¹⁶. Por discrepancias y omisiones obvias, el documento debe de haber sido un mero proyecto que, debido a las circunstancias políticas de la época, no entró nunca en vigor. Otro documento, una carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, fechada el 29 de octubre de 1913, es de interés especial por ofrecer la versión de un testigo de estos hechos. En dicha carta Henríquez Ureña, con acostumbrada perspicacia, capta este momento del Ateneo y nos proporciona datos sobre su organización, además de una nómina de miembros¹⁷. Rememora el dominicano los acontecimientos desde su propia llegada a México, su incorporación al grupo de *Savia Moderna*, las series de conferencias, el Ateneo, su relación con la generación anterior y la siguiente. Lo que llama la atención en esta carta es la claridad y precisión en la presentación cronológica de los acontecimientos, tanto como los acertados juicios del autor sobre ellos y los participantes. Por su naturaleza íntima, la carta a veces menciona sólo el nombre o el apellido de los miembros¹⁸. Al mismo tiempo, la nómina es impresionante por darnos una idea del talento y la variedad del grupo fundador pero, desafortunadamente, la larga lista de colaboradores se refería al Ateneo en su apogeo y no a la época en que escribía Pedro Henríquez Ureña. Los sucesos políticos de 1913 señalaron el ocaso del Ateneo: algunos de sus miembros se unieron a las filas de la Revolución, mientras otros salieron del país.

¹⁵ Sobre este incidente, véase el comentario y ensayo de Luis Cabrera, "Carta abierta a Rubén Darío", *Obras políticas del Lic. Blas Urrea* (México: Imprenta Nacional, 1921), pp. 317-324.

¹⁶ Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes* (Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1976), pp. 42-44.

¹⁷ Reyes/Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, t. I, pp. 220-231.

¹⁸ Para el lector de hoy son sumamente valiosas las explicaciones y datos biográficos proporcionados en el estudio de Rojas Garcidueñas, pp. 126-143.

PROYECCIONES DEL ATENEO

Nos preguntamos por qué el Ateneo de la Juventud, una organización de vida breve y actividades esporádicas, tuvo tanta importancia en su época y en la formación del México moderno. Podríamos aducir varias razones, entre ellas la composición del grupo, cuyos miembros ya eran o serían primeras figuras; el impulso que dio a la difusión de la cultura; su éxito en desplazar el positivismo como base de la educación nacional; el hacer la educación accesible a todos los mexicanos; el promover el interés en lo mexicano y lo hispanoamericano; su libre examen y estudio de todas las manifestaciones culturales; su reconocimiento de la seriedad, la disciplina y el necesario intercambio de ideas como elementos esenciales de la crítica. Cada una de las razones mencionadas es significativa por sí misma. Pero, en realidad, todas, de modo particular y en conjunto, forman el legado del Ateneo de la Juventud. Esa generación, probablemente por motivos de época, temperamento, oportunidad, avances tecnológicos e impaciencia con el *statu quo*, rompió con el pasado y emprendió una ambiciosa campaña cultural que resultó en una verdadera sacudida. Pero a diferencia de otros grupos literarios cuya influencia se limita a una época, la del Ateneo fue desproporcionadamente duradera, dado el tamaño del grupo y el número de años que operó.

A los logros del momento hay que añadir el prestigio alcanzado por la obra de muchos ateneístas, no en los brevísimos años en que esa institución se mantuvo, sino en los siguientes. Sin duda, el Ateneo sirvió de apertura e inicio cultural de la labor trascendental de sus asociados. El legado ateneísta puede resumirse en su intento por vincular la cultura —su praxis y su enseñanza— con el mundo académico. El afán didáctico, el de integrar la enseñanza de las humanidades a los planes de estudio de la Escuela Nacional Preparatoria y la Universidad Nacional, fue uno de sus más significativos logros. Como fruto de lo anterior surgió la Universidad Popular creada en 1912. Esta extensión universitaria fue dirigida a los no privilegiados, al pueblo que no podía costearse la escuela superior o profesional.

Quizá la mayor aportación del Ateneo de la Juventud haya sido algo menos tangible que escuelas, universidades, actos culturales y planes de estudio. El legado del Ateneo fue la herencia transmitida a las generaciones siguientes: la importancia de la acción, de la responsabilidad de proteger y mejorar las instituciones culturales y de trabajar por llevar los frutos de sus labores creativas y académicas a los menos privilegiados. Específicamente, la generación siguiente a la del Ateneo, la de 1915, ya comprendió esa responsabilidad. Conocida también como la generación de “los Siete Sabios”, sus miembros —Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado, Vicente Lombardo Toledano, Teófilo Olea y Leyva, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín y Jesús Moreno Baca— y otros como

Miguel Palacios Macedo, Narciso Bassols y Daniel Cosío Villegas, que llegaron a la vida política e intelectual en medio de la tormenta de la Revolución, tomaron muy en serio esta herencia y se esforzaron por hacer algo en beneficio de la colectividad. También conviene recordar la siguiente generación, la de los "Contemporáneos" (Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet, Jorge Cuesta), dedicada tanto a las labores literarias como a la vida pública.

Estas generaciones estaban vinculadas por una especial actitud y también por haber asistido, en muchos casos, a las mismas clases dictadas por Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y Julio Torri entre otros. Siguieron a los maestros en erudición, pero más que nada compartieron su convicción en la necesidad de trabajar por el bien público.

Tres de los alumnos de Pedro Henríquez Ureña —Alberto Vázquez del Mercado, Antonio Castro Leal y Manuel Toussaint— que él llamaba "los Castros", desearon seguir la ruta intelectual del maestro y del Ateneo. Como hijos fieles colaboraron en la publicación de *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*, libro con el cual la casa editorial Porrúa inició su labor editorial en 1914. Fundaron una sociedad de estudios literarios, la Sociedad Hispánica de México, y publicaron la revista *Nosotros*. Todas estas actividades académicas concluyeron en junio de 1914 con la salida de México de Pedro Henríquez Ureña y la disolución del Ateneo¹⁹. Los años violentos de la Revolución dispersaron a los ateneístas y a los intelectuales más jóvenes. Del núcleo del Ateneo se quedó en México Antonio Caso desempeñando los puestos de director de la Escuela Nacional Preparatoria y de profesor en la Escuela de Altos Estudios. Bajo su tutela siguieron las reformas logradas en el plan de estudios. Como ha dicho Enrique Krauze, en reciente estudio, "si Caso hubiera llegado a exiliarse, como sus amigos, es muy posible que el estudio de las humanidades en la capital se hubiera suspendido por falta de un líder cultural"²⁰.

El 5 de septiembre de 1916 "Los Siete Sabios" fundaron la Sociedad de Conferencias y Conciertos, nueva versión del Ateneo, cuya meta era "propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad de México"²¹. A diferencia de las conferencias del Ateneo, las de esta sociedad versaban sobre temas sociales y no literarios. Hubo, además, una serie de conciertos públicos. Con la aparición en 1916 de *El Universal*, diario de gran tiraje, sus fundadores comprendieron que la

¹⁹ Véase ahora el documentado libro de Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México* (México: UNAM, 1989).

²⁰ Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana* (México: Siglo XXI Editores, 1976), p. 68.

²¹ Krauze, p. 74.

publicación de artículos eruditos contribuiría más a difundir las ideas que las conferencias, y los mismos miembros de la Sociedad empezaron a publicar sus trabajos. Los miembros del Ateneo y los de las generaciones venideras volvieron a colaborar cuando se consolidó la Revolución, con la llegada de Alvaro Obregón a la presidencia y la creación del Ministerio de Educación Pública (1921), dirigido por José Vasconcelos. Este ateneísta y revolucionario encarnaba las aspiraciones educativas del nuevo orden. Con energía inusitada y visión casi apostólica logró entusiasmar al país entero con sus planes para la cruzada educativa. Llamó a sus compañeros del Ateneo —Antonio Caso, Julio Torri, Pedro Henríquez Ureña y Diego Rivera. “Los Siete Sabios” colaboraron de manera indirecta desde sus puestos en distintas dependencias gubernamentales y de manera más directa en el Departamento de Intercambio y Extensión Universitaria. Este Departamento, bajo la dirección de Pedro Henríquez Ureña, fue el heredero de la Universidad Popular y los profesores participantes impartieron conferencias a los obreros en fábricas y locales sindicales. Además, ingresaron a la Escuela Nacional de Jurisprudencia a dictar clases. Participaron en la publicación y repartición de libros clásicos. En fin, fueron absorbidos e impulsados por el torbellino educativo que José Vasconcelos desató en aquel entonces. Daniel Cosío Villegas expresó bien la huella que esa época dejó en él y sus compañeros:

Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía, en el pecho y en el corazón de cada mexicano, que la acción educadora era tan apremiante como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las grandes pinturas murales, monumentos que aspiraraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro, y en el libro de calidad perenne; y los libros se imprimieron a millares y por millares se obsequiaron. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante la proximidad de un lugar donde descansar y recogerse²².

En suma, la idea de que el intelectual debía y podía hacer algo por el bien de México quedó claramente plasmada. Lo que se inició como una insatisfacción con el ambiente cultural a principios del siglo, se desarrolló en distintas direcciones y expresiones. El Ateneo de la Juventud dejó de existir. Pero la actitud y la fe que lo inspiraron dieron vida a la cultura del México moderno tal y como la concebimos hoy.

²² Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México”, *Ensayos y notas* (México: Editorial Hermes, 1966), t. I, pp. 141-142.